

200

Esther Fleisacher

Mi hermana me recogió temprano en la mañana, teníamos muchos planes para nuestro domingo. Empezamos por ir al mercado del sur que se encuentra al otro extremo de nuestras casas, allí los frutos secos son buenos y baratos. Ya en el mercado, nos son irresistibles los buñuelos, las empanadas y el chocolate recién hechos. Los disfrutamos tanto, que cada vez nos hacemos el propósito de ir más seguido, pero a veces se van los meses sin que logremos llegar.

Después pasamos por Clara, la única mujer entre ocho sobrinos, hija de nuestro hermano mayor. Había escuchado que íbamos al cementerio y había pedido que la lleváramos, ya tenía doce años y quería estrenar su mayoría de edad

religiosa, no teníamos disculpa para no llevarla. Se subió al carro un poco inquieta, era la primera vez que iba al camposanto.

– Tía Fanny, ¿y por qué es que vamos a ir hoy al cementerio? ¿Se trata de alguna fecha especial? ¿Va a ir mucha gente?

– No, linda, es una visita común y corriente. Hace días que no vamos, a pesar de nuestra intención de hacerlo con frecuencia –le respondí.

– ¡Ah! Es una visita familiar.

– Algo así – asentí.

– Tía Edith, ¿y tú por qué estás tan callada?

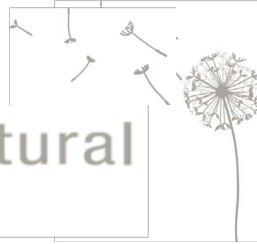


—La verdad, tengo en la cabeza un pedido infrecuente, me solicitaron para una revista un cuento o un poema o alguna cosa que contenga el número 200. No sé qué es más absurdo, si el pedido o que yo intente escribirlo.

—¿El 200, así sin más? —miré a mi hermana que hablaba mirando la vía—. ¿Y cómo hace alguien para que le llegue la

inspiración o el duende, como quieran llamarlo, con un tema así?

—Pues eso intento, encontrar alguna pista que me permita hilar algo. Por ejemplo, conté el número de carros parqueados una tarde en la unidad, eran 85. Busqué en el estante de los libros de literatura colombiana de mi biblioteca, no encontré el número exacto, sino aproximaciones,



198, 201, 205 páginas. Hago sumas, multiplicaciones, divisiones, buscando algún chispazo...

– Tía Edith, ¿y por qué no te lo inventas?
– la interrumpió Clara.

– No sé... Es como si necesitara un punto cierto, anclado en la realidad, para empezar a juntar las palabras a ver adónde me llevan.

En esas, llegamos al cementerio. Clara me miró con ojos de susto. La abracé y así entramos.

Mientras caminábamos por el sendero central, ella iba leyendo a lado y lado los nombres escritos en las lápidas.

– ¡Aquí también están separados los hombres de las mujeres, como en la sinagoga! – exclamó.

– Cierto – le respondí, sin ganas de dar explicaciones.

– La diferencia es que aquí las mujeres están a la izquierda y los hombres a la derecha – continuó Clara.

Cuando llegamos a la tumba de mamá, Edith comentó con alegría:

– Mira, alguien estuvo visitando a mamá, hay piedras recientes.

– Así es – afirmé –, qué bueno que haya personas que la recuerden, eso la debe poner contenta.

– Bueno, ¿y cuándo se pone la piedra?
– preguntó Clara –. Quiero que la abuelita se alegre con nuestra visita. Yo me acuerdo de ella, nos jalaba los cachetes y por eso nos escondíamos cuando llegaba a la casa, pero papá nos hacía salir a la brava a saludarla.

– Puedes ponerla ya – e hice ademán de cogerle el cachete.

Clara puso la piedra en un extremo de la lápida, Edith y yo las pusimos al lado. Y nos quedamos allí paradas, sin decir nada. Simplemente haciendo presencia. Eso hacíamos cada vez que visitábamos el cementerio.

– Si quieres te quedas con nosotras, de aquí vamos a la tumba del abuelo y después donde los tíos... O si quieres das una vuelta a tu aire – le propuse a Clara.

Inicialmente nos siguió, pero en algún momento se nos despegó. El cementerio tiene muros que lo protegen, es rectangular y plano, la veíamos merodeando aquí y allá. Nosotras nos deteníamos en la tumba de cada familiar, amigo o conocido que nos simpatizaba y hacíamos el mismo ritual de piedras y silencio.

Cuando terminamos, Clara ya estaba otra vez a nuestro lado.

– Tía, tía Edith. Encontré el número 200, ya vas a poder escribir tu historia. He contado las tumbas del lado de las mujeres: son 200, con las bebés, incluso con la que nació muerta.

Esther Fleischer, escritora, editora y psicoanalista. Ha publicado los libros de cuentos *Las tres pasas*, *La flor desfigurada* (Ganador en 2007 de la VII Convocatoria Becas de Creación, Municipio de Medellín), el libro de poemas *Canciones en la mente* y la novela *La risa del sol*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.